

EL SINODO DE ROMA. SU SIGNIFICADO PARA AMERICA LATINA

Del 24 de noviembre al 8 de diciembre se ha celebrado en Roma el sínodo extraordinario de obispos convocado por Juan Pablo II para celebrar los veinte años del concilio Vaticano II y evaluar lo ocurrido en el postconcilio. Asistieron 165 padres sinodales, de los cuales el 60 por ciento provenían del tercer mundo y alrededor de una quinta parte de América Latina. En este comentario queremos presentar lo más importante ocurrido en el sínodo, en una primera parte. En una segunda ofreceremos una primera evaluación de su significado, a reserva de posteriores análisis teológicos más detallados. Tanto en la presentación como en la evaluación se tiene en cuenta, sobre todo, la realidad de América Latina y de sus iglesias.

El sínodo comenzó con la relación del cardenal Daneels en la cual sintetizó las respuestas de los episcopados a los cuestionarios que les fueron enviados con anterioridad. Esta relación tuvo el beneficioso efecto de disipar algunas dudas y temores creados por la publicación del libro del cardenal Ratzinger, prefecto de la congregación para la doctrina de la fe. *Informe sobre la fe* Como es sabido este libro, traducido a varios idiomas, expresa gran pesimismo por lo ocurrido en la Iglesia después del concilio. Y, aunque no culpa de ello al concilio mismo, creó un clima de desconfianza hacia él y se llegaba a pedir una restauración en la Iglesia. Varios obispos y teólogos se expresaron contrarios a las tesis del libro (en Europa destacó un duro artículo de Hans Küng; en América Latina doce teólogos de la liberación

lo comentaron y criticaron en un pequeño libro publicado en Brasil *O Vaticano II e a Igreja Latino-americana*) y pocas semanas antes del sínodo el cardenal Koenig presentó un libro suyo, *Iglesia ¿a dónde vas?* considerado como respuesta y contrapunto al de Ratzinger.

En este clima de desconfianza y temor la relación del cardenal Daneels tuvo la virtud de serenar los ánimos y de crear un ambiente de libertad en el cual se pudieran expresar los padres sinodales. Como dijo el cardenal en una rueda de prensa: "No se hace un sínodo en torno a un libro." El sínodo no se iba a centrar en el libro de Ratzinger, lo cual no quiere decir, como veremos, que éste no tuviera un gran influjo en la orientación del sínodo.

En un segundo momento los padres sinodales presentaron sus intervenciones, ya preparadas, las cuales no podían pasar de ocho minutos. Intervinieron más de cien de ellos y lo hicieron con libertad. Como en esas intervenciones no se trataba propiamente de un debate sino de exponer la visión propia de la Iglesia desde los diversos países, el conjunto de las intervenciones ofreció un mosaico de la realidad eclesial, su diversidad y también las serias tensiones en su interior. Fueron apareciendo las diversas posiciones sobre la relación de la Iglesia con el mundo, sobre el centralismo o la colegialidad, sobre iglesias pujantes o lánguidas.

Por poner algunos ejemplos significativos, varios obispos (Malone, presidente de la confe-

rencia episcopal de Estados Unidos, el noruego Gran, el italiano cardenal Poletti) abordaron el tema de la colegialidad, pidiendo su ampliación a las conferencias episcopales. Más radical fue el arzobispo ucraniano Maxim Hermaniuk, quien pidió la constitución de un sínodo permanente de obispos que asumiera el poder legislativo que hoy comparte el papa sólo con la curia, dejando para ésta una función meramente ejecutiva. Como propuesta novedosa de la Iglesia del primer mundo puede considerarse también la petición del arzobispo de Salzburgo, Karl Berg, de reflexionar más profundamente sobre el control de la natalidad y la negación de los sacramentos a los católicos divorciados y vueltos a casar.

Desde el tercer mundo, el arzobispo de Bombay, Simón Ignacio Pimenta, quien habló en nombre de todos los episcopados asiáticos, pidió la profundización del Vaticano II en lo que toca a la relación del cristianismo con otras religiones en un nuevo contexto que caracterizó así: el continente asiático es hoy víctima, por una parte, de la cultura occidental que ejerce cada vez más una influencia nociva destruyendo valores de las culturas autóctonas; y, por otra, las grandes religiones orientales que ejercen un influjo cada vez mayor, en particular sobre los jóvenes.

Por lo que toca a América Latina, varios obispos se expresaron y, como era de esperar, de manera diversa. Algunos adoptaron una postura ponderada ante los frutos positivos del concilio y los peligros presentes. Otros acentuaron la visión negativa con especial temor a la llamada Iglesia popular (cardenal Obando, Darío Castrillón

secretario del CELAM, el argentino Raúl Prima-testa, quien llegó a pedir que el sínodo afirmara la obligación de los estados como tales de reconocer a Dios y el derecho de la Iglesia de promover su culto según la ley natural). Otro grupo se expresó en la línea de Medellín, lo que se reconoció como el gran fruto del concilio para América Latina (entre ellos, Julio Terrazas, presidente de la conferencia episcopal boliviana, y los brasileños cardenal Aloisio Lorscheider e Ivo Lorscheiter, presidente de la conferencia episcopal brasileña). Insistieron éstos en que el concilio debía ser luz, no límite, en la colegialidad episcopal, y el aumento de facultades para las conferencias episcopales. Pero enfatizaron sobre todo la misión profética de la Iglesia, la opción por los pobres, la escucha al pueblo de Dios, la articulación entre fe y justicia, los aportes de la teología de la liberación, la liberación integral del hombre, los derechos humanos, etc.

Después de las intervenciones el cardenal Daneels ofreció una segunda relación que constituyó el tercer gran momento del sínodo y supuso un cambio cualitativo. En su relación, el cardenal trató de recapitular lo dicho en las intervenciones y ofreció una determinada dirección al futuro trabajo del sínodo y de sus documentos finales. En presencia de tan variados enfoques, preocupaciones y problemas. Daneels se concentró en tres puntos los cuales dieron la tónica a la elección y tratamiento de los principales problemas. Hay que profundizar el concilio en tres direcciones: a) lo "sagrado," para contrarrestar al secularismo; b) la concepción de



Iglesia como "comunidad," para superar un enfoque puramente sociológico que la hace vulnerable; c) la "teología de la cruz," para moderar el excesivo entusiasmo con que el postconcilio miró al mundo y atemperar el *aggiornamento*.

En esta relación se decidió el futuro del sínodo. Como puede observarse, la problemática es más la del primer mundo que del tercero; el Vaticano II es por supuesto alabado, pero dos de sus puntos esenciales quedaron en penumbra: el carácter misional de la Iglesia y su realidad de pueblo de Dios. Esta problemática era también la defendida por el influyente grupo de obispos de habla alemana y en concreto la del cardenal Ratzinger, tal como aparece en su libro y lo expresó en su intervención "La Iglesia como misterio."

Después de esta relación el sínodo trabajó en grupos lingüísticos en vistas a elaborar un mensaje y un documento. En esos círculos se trataron y debatieron puntos importantes. El canadiense Bernard Hubert, presidente de la conferencia episcopal canadiense, por ejemplo, lanzó la voz de alerta ante el peligro de que la Iglesia limitase sus preocupaciones a su vida interna y así se olvidase del mundo. "La lucha por la justicia y la participación en la transformación del mundo aparecen plenamente como una dimensión constitutiva de la predicación del evangelio." Según eso, el sínodo debería afirmar en su mensaje la voluntad de los cristianos de participar constructivamente en los problemas más serios de nuestro tiempo, entre los que mencionó la deuda del tercer mundo y la amenaza de un conflicto nuclear. Esta propuesta fue debatida en uno de los círculos menores, pero no fue recogida.

Por lo que toca a la problemática más específicamente latinoamericana, dos posturas muy diferentes se hicieron presentes en las discusiones de los círculos y se reflejaron públicamente en las conferencias de prensa. Don Aloisio Lorscheider volvió a insistir en la importancia decisiva de la Iglesia como pueblo de Dios, pueblo pobre, pero rico en la fe, en la necesidad de escucharlo, de que la Iglesia se convirtiera a él, etc. Don Ivo Lorscheider hizo una clara defensa de la teología de la liberación, a la que caracterizó como fruto del Vaticano II, nacida de la Iglesia, útil y necesaria para su acción pastoral. Otros obispos latinoamericanos entre ellos Darío Castrillón, se expresaron de manera contraria. En resumen, apareció la conocida división de los obispos latinoamericanos: defensa de la Iglesia de los pobres, de la teología de la li-



beración, del principio de subsidiaridad, es decir, mayor autonomía de las iglesias locales por un lado, y por otro ataque a la llamada Iglesia popular, a cierta teología de la liberación con el fantasma del marxismo que se le adjudica e inquebrantable adhesión al centralismo romano. Estas discusiones no aparecieron en el aula ni se reflejan activamente en el documento final; pero reflejan la realidad de la Iglesia latinoamericana.

Después del trabajo en los círculos, y no sin titubeos, el sínodo decidió redactar un *Mensaje del sínodo al pueblo de Dios* y publicar, con aprobación del papa, un documento que lleva por título *La Iglesia, bajo la palabra de Dios, celebra los misterios de Cristo para la salvación del mundo*.

En el *Mensaje* se presenta en tono sombrío la actual situación del mundo pero se exalta su destino último positivo. Se insiste en el sentido de "misterio" de la Iglesia, en la vocación a la santidad y en la necesidad de evitar interpretaciones sociológicas o políticas erróneas de la naturaleza de la Iglesia. Aunque en un principio se pensó dirigir este mensaje, como lo hizo el Vaticano II, a "todos los hombres," al final se dirige sólo al "pueblo de Dios."

El *Documento* consta de una introducción y cuatro capítulos. En la introducción se ensalza el Vaticano II; se analizan las luces y sombras del postconcilio y se anima a una más profunda recepción del mismo. El primer capítulo versa

sobre la Iglesia como misterio, la necesidad de volver a lo sagrado, a la santidad, a los sacramentos, la renovación de la vida religiosa. En el segundo se analizan las fuentes vivas de las que vive la Iglesia: la palabra de Dios y la liturgia. Se insiste en la tarea de la evangelización y se previene contra la confusión que han causado algunas teologías, para superar lo cual se insta al diálogo entre obispos y teólogos. Se alaba la renovación litúrgica, pero se insiste en corregir abusos y explicar el fundamento teológico de la disciplina sacramental y de la liturgia. Como propuesta novedosa "se desea que se escriba un catecismo o compendio de toda la doctrina católica, tanto sobre fe como sobre moral, que sea como el punto de referencia para los catecismos y compendios que se redacten en las diversas regiones." De hecho, se sabe que ya está redactado ese tipo de catecismo. En el tercero se analiza la Iglesia como comunión; se insiste en que hay que superar el análisis de la Iglesia desde perspectivas puramente organizativas y de poder; en que la comunión no niega la diversidad, sino que es unidad en la pluriformidad se aborda la colegialidad, las conferencias episcopales y las iglesias orientales; la participación y la corresponsabilidad en la Iglesia. En el cuarto y último capítulo se analiza la misión de la Iglesia en el mundo, recordando a la *Gaudium et Spes* y añadiendo el criterio de la "teología de la cruz" para realizar esa misión. Los problemas concretos que trata son: el *aggiornamento*, la inculturación, el diálogo con las religiones no cristianas y con los no creyentes, la opción preferencial por los pobres y la promoción humana. Como sugerencia se menciona, entre otras, el examen de la doctrina social de la Iglesia con respecto a la promoción de la justicia en circunstancias siempre nuevas.

Esta es una breve síntesis de lo ocurrido en el sínodo; y en la sección de documentación el lector podrá leer los documentos. Intentamos ahora hacer una primera evaluación general del sínodo, distinguiendo lo que el sínodo ha sido como acontecimiento de la Iglesia universal y su significación para América Latina.

En sí mismo el sínodo ha sido un importante acontecimiento eclesial, como lo han reconocido los participantes. Pero lo más importante, por ser más duradero, ha sido la elaboración —fragmentaria, no siempre explicitada— de una eclesiología. Lo fundamental es que ha esbozado una imagen de Iglesia que la presenta como concordante con la del Vaticano II y como concre-

ción adecuada para nuestro mundo. Veamos algunos aspectos importantes de ello.

El mismo acontecimiento del sínodo es presentado como "comunión," es decir, una realización de la eclesiología propuesta. Los padres reconocen el ambiente de oración, fraternidad, diálogo y estudio. Y es cierto que el sínodo ha ofrecido esa imagen, a diferencia, por ejemplo, de Puebla, donde las tensiones se hicieron mucho más evidentes. No parece haber duda de la comunión y libertad subjetivas de los padres sinodales todo lo cual es de alabar.

Sin embargo, hay que ahondar un poco más. Sin conocer exactamente cómo se ha preparado el sínodo en las diversas diócesis y países, en algunos se ha hecho participar a la base, a la totalidad del pueblo de Dios, como por ejemplo en Brasil: pero en otros no. Y no parece aventurado pensar que el pueblo de Dios no ha estado activamente presente en su preparación. En este sentido, el sínodo ha mostrado comunión a nivel episcopal, lo cual es importante subrayar; pero no necesariamente al nivel radical del pueblo de Dios. Quizás, si así hubiera sido, la temática y el enfoque hubiesen sido distintos o, al menos, más amplios.

También hay que analizar la libertad de los padres sinodales. Indudablemente se expresaron con libertad. Pero no hay que ignorar la atmósfera que se generó antes del sínodo. El citado libro de Ratzinger causó muchas reacciones contrarias y su pesimismo no fue asumido en el sínodo. Pero ha sido, creemos, muy importante y decisivo para el encarrilamiento de la temática sinodal, apoyada por los obispos de habla alemana. En ese libro se dice claramente que lo más urgente es el tratamiento de la eclesiología y se ofrecen las líneas generales para ello. "Mi impresión es que se está perdiendo imperceptiblemente el sentido auténtico católico de la realidad ¡Iglesia! ... Detrás de la fachada *humana* está el misterio de una realidad *suprahumana* sobre la que no puede en absoluto intervenir ni el reformador, ni el sociólogo ni el organizador" (*Informe sobre la fe*, Madrid, 1985, p. 54). Este enfoque y esta solución se hace ya presente en la importante segunda relación de Daneels y en el documento final.

Juan Pablo II presenció en silencio las intervenciones, lo cual sin duda facilitó la libertad subjetiva para expresarse. Pero no cabe duda de que en los documentos finales se hace presente no sólo su magisterio —lo cual sería obvio en la

Iglesia católica—, sino también lo que podemos llamar su talante teológico, más transcendentista que histórico, su eclesiología definida absolutamente por la unidad. En un punto concreto, además, introdujo su propia teología: la teología de la cruz. Ya en el concilio la propuso en el tratamiento de la *Gaudium et Spes* pero entonces no tuvo éxito. El documento del sínodo la ha incluido de modo relevante, aunque añadiendo que la teología de la cruz “no excluye la teología de la creación y de la encarnación, sino que como es obvio, la presupone.”

Con estas reflexiones no se quiere negar el derecho a que se expresen diversas teologías ni el hecho de que alguna sea más determinante. Pero llama la atención el que se haya impuesto ésa y sólo ésa y que las eclesiologías del pueblo de Dios, las de Medellín y Puebla estén prácticamente ausentes. Todo ello produce la impresión de que en este importante punto de la eclesiología, lo fundamental estaba ya decidido.

Aunque casi dos tercios de los padres sinodales provenían del tercer mundo, la problemática tratada en el documento final se centra en la del primer mundo, sobre todo en la de centroeuropa: la secularización con sus secuelas negativas de secularismo, indiferencia, ateísmo, y, por otra parte, consumismo, deshumanización, pérdida del sentido de la vida, etc. El problema es real y además radical para la Iglesia. Bien ha hecho el sínodo en tenerla en cuenta.

Pero dicho esto vuelve a llamar la atención la concentración casi exclusiva en ese punto, en la forma primermundista que adopta el problema y la respuesta que se da. En un sínodo universal se debiera haber justificado la concentración en ese problema, pues, planteado así, no es ése el problema en el tercer mundo. Quizás aquí queden resabios de una cierta superioridad del primer mundo sobre otros o de una concepción de que lo que ocurre en Europa es en definitiva de importancia significativa y programática para todos.

Llama también la atención que se hable del “misterio,” pero no se analice a fondo de qué se está hablando. En positivo se refiere a “las cosas trascendentes y divinas,” y en negativo se opone al secularismo. Es una pena que el sínodo no haya analizado este punto a fondo, pues lo que está en juego no es sino la dimensión teológica de la existencia cristiana y humana. “Lo sagrado,” “el misterio” no es sino Dios. Y vista así, la

problemática es verdaderamente universal. Lo que ocurre es que la problemática de Dios es vista de diversas formas, en diferentes partes del mundo. En Europa, en presencia de la secularización y el ateísmo, se hablará de “la vuelta a lo sagrado;” en el tercer mundo se hablará de la lucha contra la idolatría, problema tan real y más radical que aquél para la Iglesia y su dimensión teológica.

También se echa en falta un análisis cristiano de “lo sagrado” desde la revelación, pues no puede presuponerse que ya se sabe lo que es secular y lo que es sagrado con anterioridad a la manifestación de Dios en Jesucristo. Aunque —se objetará— un sínodo no tiene tiempo de tratar todo, nos parece que, si de hecho ha tratado el problema de lo sagrado y del misterio, debiera haber ahondado un mínimo en lo que ello es y en cómo se le accede desde Jesús. Quizás entonces se hubiera observado la dialéctica entre “sagra-



do” y “profano,” entre “transcendencia” y “encarnación,” entre “fe” y “práctica de la justicia,” etc. Y de esa forma el sínodo sí hubiera podido alcanzar una mayor universalidad, pues la problemática del misterio de Dios está presente en Europa, en América Latina y su teología de la liberación, y en Asia y África con sus religiones. Quizás sería bueno que en próximos sínodos y concilios la Iglesia afrontara la temática de la teología y de la cristología sin reducirse a la eclesiología, pues de aquéllas vive ésta.

Llama por último la atención en este punto la facilidad con que se propone como solución al problema del secularismo la presentación de una Iglesia como misterio. Todo lo que dice el documento es, por supuesto, correcto; pero no lo es tan claramente la hipótesis de fondo: porque la Iglesia ha aparecido más como realidad sociológica que como misteriosa ha coadyuvado al secularismo; la vuelta a la Iglesia misterio ayudará a lo contrario. No se niega que una insistencia en lo misterioso de la Iglesia pueda ayudar ambientalmente a “la vuelta a lo sagrado;” de hecho, otros fenómenos, como la proliferación de esoterismos religiosos orientales, así lo insinúan. Pero, obviamente, no debiera ser ese el proceder de la Iglesia. En principio, por que su sacralidad le viene dada por Jesucristo y no simplemente por el sentido o deseo de lo trascendente y no mundano. Y de hecho, porque la parte de responsabilidad eclesial en el auge del secularismo no ha estado, en definitiva, en la pérdida de lo misterioso, sino en su práctica historia. Ojalá la Iglesia, siguiendo al sínodo, se presente verdaderamente como misterio al mundo. Pero ello le exigirá hacerse verdaderamente mundanal como Jesús y a la manera de Jesús —en pobreza, con la verdad de la denuncia, en disponibilidad a la persecución y a la muerte— y así hacer presente al misterio de Dios en este mundo; y le exigirá el abandono de lo mundano, de la riqueza, del poder, de la sabiduría de este mundo, de todo lo cual está llena la historia de la Iglesia.

El sínodo reconoció la validez del Vaticano II y agradeció la inspiración que en él se hizo presente. A un nivel jurídico no podía, por supuesto, hacer otra cosa. Pero es importante que lo hiciera, que reconociera que en el Vaticano II están todavía presentes no sólo doctrinas verdaderas, sino principios inspiradores para hoy. En el mensaje se dice: “animados por esta gozosa esperanza para la Iglesia y para el mundo, os invitamos a conocer mejor y completamente el Concilio Vati-

cano II, a realizar un estudio del mismo más abierto y disponible. Os llamamos a uniros a nuestro esfuerzo. También nosotros nos comprometemos a emplear todos los medios de que disponemos para ayudar a responder a todas las llamadas que el Concilio dirige a la Iglesia.”

No se puede hablar con más claridad de la importancia del concilio. Pero tampoco se puede ignorar que el sínodo lo enfoca desde una óptica y unos énfasis determinados. De una u otra forma todos los puntos importantes del Vaticano II, o casi todos, están en el documento. Pero es necesario analizar qué importancia se le adjudica a cada uno, cuáles se resaltan y cuáles no. La impresión que da el documento es que la óptica ha cambiado en dos puntos esenciales al concilio: en la relación Iglesia-mundo y en el tratamiento de la Iglesia en sí misma como pueblo de Dios.

Por lo que toca a lo primero, se afirma ciertamente que “la Iglesia misma es, por su naturaleza, misionera,” es decir, no es para sí misma, sino para el mundo. Pero en todo el texto no se elabora suficientemente la dialéctica entre identidad y misión, no llega a la afirmación radical de la *Evangelii Nuntiandi* de que la identidad de la Iglesia consiste en su misión. De esa forma se privilegia a la Iglesia en sí misma sobre su misión. Y en la determinación de ésta, el mundo al cual se dirige no juega el papel que le da el Vaticano II. En éste “los signos de los tiempos” son importantes para conocer lo que la Iglesia debe hacer (GS 4); pero además son lugares de la presencia de Dios y de su voluntad (GS 11). El sínodo admite lo primero, pero no considera lo segundo. En este punto hay un retroceso sobre Medellín y Puebla. No hay una reflexión verdaderamente teológica sobre el mundo y no se enfatiza tanto el aspecto encarnatorio de la misión.

Por lo que toca a lo segundo, hay en los documentos sinodales un silencio llamativo: no se habla del pueblo de Dios. El mensaje se dirige a él, para distinguirlo de los no creyentes; pero después apenas si es mencionado, no es analizado y no se le da la relevancia que le otorgó el Vaticano II. ¿Por qué ese incomprensible silencio? La razón parece estar ya en el libro de Ratzinger. “Detrás del concepto, hoy tan en boga, de Iglesia como sólo ‘pueblo de Dios’ perviven sugerencias de eclesiologías que vuelven, de hecho, al Antiguo Testamento; y perviven también, posiblemente, sugerencias políticas, partidistas y colectivistas” (A.55). En otras palabras, es una imagen de Iglesia “peligrosa.” Es cierto que en el Vatica-



no II no es la única imagen de la Iglesia, y por ello el sínodo hace bien en recordar también otras. Pero suprimirla simplemente cuando en el concilio adquirió relevancia decisiva es sorprendente. Apelar a su peligrosidad tampoco es muy convincente; pues desde el punto de vista de la peligrosidad, cualquier imagen de Iglesia la posee, por limitada y manipulable. Exactamente lo mismo puede ocurrir con la imagen de "comunidad" que tiene el peligro de hacer que la Iglesia se concentre en sí misma. Hay que analizar además si la peligrosidad de una imagen proviene del mal uso que se puede hacer de ella o si proviene también de lo que tiene de cuestionante, lo cual sería una sana y productiva peligrosidad. No cabe duda de que el concepto de "pueblo de Dios" recalca la historicidad de la Iglesia, la necesidad de encarnación en la historia, su caminar entre fidelidad e infidelidad, su esperanza; y recalca

también la igualdad fundamental de todos en la Iglesia. Habría que haber analizado y distinguido la peligrosidad del concepto de pueblo de Dios. En cualquier caso es, de nuevo, sorprendente que un sínodo convocado para celebrar al Vaticano II ignore una de sus afirmaciones más centrales.

¿Qué significan todas estas cosas, centrales en el sínodo, para América Latina? Ya se ha dicho que el sínodo trata más la problemática centro-europea. Esto significa que no ha habido propiamente hablando, a no ser en afirmaciones excesivamente vagas, un tratamiento, iluminación, crítica o ánimo a la problemática actual latinoamericana: comunidades eclesiales de base y sus ministerios, teología de la liberación, y, más de fondo, el enfoque teológico de la Iglesia desde los signos de los tiempos, su misión decididamente profética y antiidolátrica, su encarnación entre

y solidaridad con los pobres, su inmersión en la liberación histórica, su relación con otros grupos liberadores, etc.

Sin embargo, hay que preguntarse también qué dice el sínodo a América Latina, pues ha sido un sínodo de la Iglesia universal. Veámoslo en tres puntos importantes.

La insistencia del sínodo en lo sagrado puede ayudar a la profundización y valoración de la religiosidad popular, tan importante en las comunidades y también en el pueblo en general, para su autoconciencia, su organización, su lucha y su fe. Puede llevar a abordar con seriedad el fenómeno religioso de pueblos indígenas y negros. Puede animar a seguir desarrollando la llamada espiritualidad de la liberación, que no es otra cosa que el tratamiento del problema teológico del hombre. Puede llevar a dialogar honradamente con no creyentes, sobre todo en movimientos liberadores y revolucionarios.

Por lo que toca a la Iglesia como comunión, sería muy de desear un avance en América Latina, pues existen las divisiones; y muchos hechos muestran la falta e incapacidad de diálogo sobre todo con quienes adoptan posturas más consecuentes con Medellín y la teología de la liberación. En cualquier caso, habría que historizar la comunión desde lo que dijo Puebla: comunión "y" participación. También el sínodo menciona esto último; pero da la sensación de concebirla sólo como colaboración. Así, se alegra de que "muchos seglares se ofrecieron al servicio de la Iglesia." Pero participación es más que colaboración con la jerarquía; es la realización *in actu* de la comunión. Participar es tomar parte, dando y recibiendo, en la fe, en la esperanza, en la caridad de la Iglesia; también en su organización, liturgia y doctrina, como en América Latina lo han mostrado la Iglesia de Brasil y la de Mons. Romero.

Por lo que toca a la teología de la cruz, no habría ni que mencionarla en América Latina, pues la vida, la fe y la teología están hechas de ella. Pero hay que historizarla adecuadamente. No se trata en América Latina de enfatizar la cruz como existencial histórico y cristiano; esto se da por descontado. Se trata de enfatizar la cruz objetiva de pueblos crucificados, a cuyo servicio sobreviene invariablemente la cruz subjetiva. La teología de la cruz se torna entonces en teología de la encarnación y del seguimiento, de la defensa de los pobres, del ataque a los opre-

sores, de la persecución y del martirio. Y, paradójicamente, se torna en teología de la esperanza y de la resurrección, porque en los pobres está el Señor, ellos son luz de las gentes, ellos mantienen la esperanza, ellos salvan.

Cuáles sean los frutos del sínodo y su impacto en América Latina, está por verse. Si de hecho reenvía a la Iglesia al Vaticano II, a Medellín y Puebla en América Latina, sus frutos serán notables y el sínodo habrá cumplido su cometido. Para ello, sin embargo, no basta, aunque sea importante, la doctrina; hay que partir de la realidad, de aquellas realidades que originó el concilio, y hay que buscarlas allá donde las originó. En un texto singular, aunque de pasada, dice el sínodo: "testimonio se dice en griego *martyrium*. Bajo este respecto, las iglesias más antiguas de Europa pueden aprender mucho de las iglesias jóvenes, de su dinamismo, vida y testimonio, hasta el martirio de sangre en sentido estricto."

Si esto no son puras palabras, se da aquí una pista muy importante para el futuro de la Iglesia. Se dice que hay vida eclesial —en las iglesias jóvenes, dice el documento, pero también en muchas comunidades renovadas del primer mundo—, y en buena parte ésta proviene del concilio. Es una pena que el sínodo se haya fijado más, de hecho, en lo negativo para darle solución. El haber elegido la problemática de "las iglesias más antiguas de Europa" le ha hecho elegir ese enfoque y pagar ese precio. Pero si se adopta la óptica contraria, si se analiza lo positivo postconciliar, se ofrece una pista más adecuada para el futuro, incluso también para el futuro de las iglesias lánguidas. Se deberá seguir hablando del misterio, pero del misterio de Dios, Padre de nuestro señor Jesucristo, Dios de los pobres y Dios de vida; de la comunión eclesial, verdadero cuerpo de Cristo, que lleva en su carne las huellas de su pasión y la esperanza de su resurrección, de una comunión como verdadera comunidad fraterna, verdadero pueblo, con el que Dios ha hecho una alianza, con todo él; de la teología de la cruz, como el misterio de iniquidad en los pueblos crucificados y como el misterio de salvación, expresión del amor generoso que mantiene la esperanza y encamina al reino de Dios.

Bien está que el sínodo se haya fijado en lo problemático postconciliar, pero más importante es construir sobre la vida que ya existe. Quizás no se encuentre ésta en el centro, sino en la periferia, no en Jerusalén sino, como dice la Escritura, en la ignorada Belén. Pero ahí está. Ese es el verda-

dero lugar que alimenta la esperanza y da dirección a la Iglesia. Esto es lo que la Iglesia latinoamericana ofrece como ayuda para que se hagan realidad las bellas y utópicas palabras del mensaje del sínodo: "No somos creados para la muerte sino para la vida. No estamos condenados a las divisiones ni a las guerras, sino llamados a la fraternidad y a la paz. El hombre no ha sido creado por Dios para el odio y la desconfianza, sino que ha sido creado para amar a Dios. Ha sido hecho

para Dios. El hombre responde a esta vocación mediante la renovación de su corazón. Hay un camino para la humanidad —y ya percibimos sus signos— que la conduce a una civilización de la participación, de la solidaridad y del amor, a una civilización que es la única digna del hombre. Con todos vosotros, nos proponemos trabajar para que venga esta civilización del amor, designio de Dios para toda la humanidad en la espera de la venida del Señor."

J. S.

